

Unos golpes en la puerta estremecen al muchacho. Fuera se oyen voces masculinas, como si todas las patrullas de esa pequeña ciudad estuvieran ahí fuera, aguardando por el asesino. En el suelo, la prima de su padre solloza dulcemente y le recuerda a la mujer a la que le encargaron matar cuando apenas tenía dos círculos. En su mente, la rabia nubla los pensamientos y, en su alma, la pena aplasta a la piedad. Martín lanza un resoplido, se frota la nuca, despabila los ojos. Entonces despierta de su letargo y —una vez más, una última vez— desliza su mano hacia su bolsillo colmado de muerte.

## **DADO POR MUERTO**

**Renzo Mario Villagoya Arias**

Por un momento y tras esa puerta, todo estuvo claro, por un momento, la claridad y los gritos se transformaron en miedo, el miedo rápidamente en pánico y el pánico enmudeció frente a los gritos desesperados de aquellos hombres, si es que algo de humanidad quedaba en ellos, que alargaban sus manos tras los barrotes con la intención de tomarlos... no, de despedazarnos.

Dentro de una situación normal, el plan sonaba brutalmente tonto, y hasta por demás irracional: salir del centro comercial y dirigirnos al edificio de enfrente el cual creíamos tenía un helipuerto con la esperanza de ser recogidos allí. Parecería absurdo pensar que alguno de nosotros necesitaría un helicóptero en algún punto de nuestras vidas, pero como dije, solo dentro de aquel escenario y en un día normal, lo era, pues en este preciso instante y dadas las circunstancias, ese lejano helicóptero y el cómo cruzar ese mortal kilómetro entre el centro y el edificio, era todo lo que existía. Me parece increíble haber podido sobrevivir al primer ataque, yo, siendo alguien que jamás levantó un arma en su vida ni tuvo necesidad de defenderse, haya podido lidiar con tantos de ellos. No sé cómo empezó ni cuándo llegaron, solo que intempestivamente los gritos y la locura se apoderaron de todo el lugar tan rápido que por más que me esforzaba, simplemente no lo podía entender. Sí, tuve mucha suerte, luego del *shock* de ver cómo las personas se mordían unas a otras, de la sangre que chorreaba desde los niveles superiores y de esos ojos blancos que se acercaban a mí por doquier a una velocidad demoniaca que simplemente me tenían petrificado, al fin pude moverme y correr. Tal vez nunca hice nada de lo que les comenté, pero correr, sí, eso sabía hacerlo muy bien. ¿Alguna vez se pre-

guntaron cómo debe sentirse una gacela cuando es perseguida por leones? bueno, en este caso yo era la gacela, y no era uno, sino decenas, cientos de leones con ojos blancos, que no pararían, que no descansarían y que jamás se olvidarían que están hambrientos... que siempre están hambrientos.

Era un pandemonio, en cada uno de los niveles había por lo menos treinta de ellos. No sé si podían verme, escucharme u olfatearme, solo que al menor ruido pasaban de deambular sin sentido a un estado de agitación total en búsqueda de su origen. En ese momento todo lo que sabía y debía entender es que no debía quedarme quieto y por ningún motivo, dejar de correr.

Dios, qué rápidos son, mis piernas empiezan a temblar, el aire se vuelve cada vez más pesado, las esquinas disminuyen de dos en dos, ¿será cierto? ¿Voy a morir aquí? Llego a duras penas a lo que distinguí a lo lejos como una puerta metálica, giro la perilla a duras penas y está cerrada, empiezo a dar gritos ahogados por la falta de aire, pero nadie responde. Me dejo caer totalmente exhausto sobre el pilar contiguo mientras veo cómo se acercan en manadas hacia mí, cierro entonces los ojos y me desmayo.

—¡Despierta!, vamos, ¡despierta de una vez! —escucho la voz de un hombre que golpea mi rostro con palmadas. —Creo que sigue inconsciente, pero no podemos permanecer más tiempo aquí, ya nos encontraron—. Abro los ojos en medio de un grupo de seis personas recostado boca arriba mirando un reflector. —Tuviste suerte, ¿lo sabías? Todo el lugar está plagado de ellos—. Aún sintiéndome algo mareado me ayudan a ponerme en pie y me dan un arma.

—¿Puedes manejar una *shotgun*?

—¿*Shotgun*? —respondo, jamás he manejado algún tipo de arma en la vida.

—Mira, es eso o empiezas a dar golpes y patadas cuando salgamos, aunque te recomiendo que no optes por eso, tú eliges.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté—.

—Mi nombre es Gustavo, pero todos me dicen Guta, él es Diego, Aldo, y los tres que resguardan la puerta, son Buda, Carlos y Rodrigo—. A primera vista, no éramos más que un grupo de siete personas que no tenían relación alguna ni ningún tipo de parentesco, pero para como andaban las cosas, encontrarme en medio de ellos me hizo sentir, de alguna forma, algo seguro.

—Por cierto, mi nombre es Renzo, gracias por la ayuda, pensé que iba a morir ahí —descuida, dijo Diego, aunque sinceramente dudamos mucho si abrir la puerta o no—. Empezaron a reír.

—Sí bueno, el hecho es que sigues vivo, ¿no? —también me río, y por primera vez me doy cuenta de que nos encontramos dentro de un departamento de armas de caza y que disponemos de distintas variedades de armas en las paredes y las vitrinas.

—Hay un helicóptero volando por el perímetro —dijo Buda—. Pude verlo cuando pasé por la plaza. Se hizo de repente un silencio gélido durante un minuto en el cual todos nos mirábamos fijamente.

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Salir y perseguirlo solo por ver si se da la molestia de rescatarnos? ¿Te has vuelto loco? Yo no me pienso mover, dijo energicamente Carlos. —No estoy sugiriendo nada —repuso Buda—, les estoy diciendo de qué forma podemos salir vivos de aquí, aunque si prefieres quedarte y esperar a que encuentren la forma de entrar, es tu problema—. Empezó una serie de discusiones entre uno y otro que se acaloraban con el pasar de los minutos, cuando lo inevitable sucedió.

Un brazo endemoniado atravesó la pared lateral izquierda de la estancia agitándose a gran velocidad. De pronto y al unísono todos empezamos a gritar desesperados y a disparar sin control sobre él.

—¡Alto! Deténganse todos, antes que sea demasiado tarde! ¿Acaso no ven que la pared está a punto de colapsar? —gritó Rodrigo. Un silencio sórdido y penetrante se apoderó de la estancia.

—¡No se queden parados y empiecen a trancar la pared con algo!—. Empujamos cuantos estantes teníamos a la mano, sillas, mesas y tablas disponibles mas los golpes y rasguños no cesaban y ya no era solo por ahí, también en el techo, al lado derecho..., y como si estuviera escrito, los reflectores empezaron a fallar. Ya no había nada que discutir, salir de la habitación ya no era una opción, sino una necesidad. El plan de ir en búsqueda del helicóptero es un hecho y trazamos la ruta más rápida y sencilla hacia el helipuerto. Todos llevan un arma y un par de pistolas consigo, a la cuenta de tres saldremos. Muy pocas cosas podrían prepararte para un momento como ese, aunque siendo realistas, nada puede hacerlo.

La puerta se abre y la primera oleada no se hace esperar, entre gritos y disparos puede sentirse cómo se acercan más y más mientras que el olor a pólvora y sangre quemada inundan el lugar a cada paso que damos. Debemos dirigirnos a las escaleras de emergencia, es la ruta más corta hacia el sótano del estacionamiento el cual está conectado directamente con la playa central del centro comercial y con nuestra salida. Nos movemos como un único bloque avanzando al mismo paso conforme cuidamos cada uno la espalda del otro. A estas alturas todo el lugar debe haber escuchado los disparos, así que disponemos de muy poco tiempo si queremos tener al menos una oportunidad de salir; sin embargo, no puedo quitarme la idea de que, en cualquier segundo, vamos a vernos completamente acorralados. Todo parece andar bien, avanzamos a paso rápido y seguro por el corredor central, la sangre y los cadáveres regados por todo el trayecto nos acompañan. Lamentablemente no podemos darnos el lujo de verificar si alguien sigue con vida, pues ahora ni siquiera los muertos respetan su estado. De pronto, a pocos pasos de las escaleras mecánicas, el grito desesperado de una mujer nos deja completamente helados como cuando un vil escalofrío arremete en nuestra nuca.

—¡¡Ahhh!!, por favor noooo!! ¡¿Qué hacen?! ¡Por favor no! —era una mujer encerrada en un módulo

de consulta entre tienda y tienda, que estaba totalmente rodeado por ellos, que forzaban y rompían la puerta con golpes enfurecidos.

—¡Está perdida! ¡No podemos hacer nada por ella, sigamos! —gritaba Buda.

—¡No podemos irnos y dejarla! ¡Tal vez sea la última persona viva de todo el lugar! —replicó Guta.

—¡Yo no pienso quedarme a morir aquí, entendiste! ¡No pienso quedarme a morir aquí! —respondió Buda— ¡los que quieran quedarse y hacerla de héroes por nada quédense, los que no, vámonos! Sin duda alguna este era el peor escenario posible, algo totalmente impensable... pero estaba sucediendo. Buda, Aldo, Carlos y Rodrigo corrieron tan rápido como pudieron mientras los tres restantes, atónitos, mirábamos sin poder pronunciar palabra alguna, como se alejaban. Pasaron unos breves instantes mientras comprendimos lo que teníamos que hacer, pero luego y prácticamente sin palabras, Diego, Guta y yo nos miramos de reojo y corrimos hacia ella. Disparamos a todo el que se nos acercaba, corríamos y disparábamos al mismo tiempo, era bello, aun en medio de tanta muerte, sentir la seguridad de poder contar con "compañeros", si así podía llamarlos, dentro de esa pesadilla. Dos *shotgun* y un rifle de caza despejaron en cuestión de segundos a un grupo entero de ellos, fue lo que llamaría una sinfonía de pasos y balas.

—Abre la puerta, estás a salvo —dijo Diego— pero tenemos que salir de aquí ahora—. La mujer abrió la puerta lentamente y temblando cuando un sinnúmero de zombis empezó a venir hacia nosotros. No eran veinte, ni treinta, sino cientos. Era como si no existiesen más personas vivas en el mundo, salvo nosotros... y todos ellos.

—No hay tiempo, entren todos —grito desesperado, mientras trancamos la puerta con las pocas cosas disponibles con las que contábamos: una silla y la parte superior de la mesa que era de material prefabricado.

—Esto no va a detenerlos por mucho tiempo... estamos perdidos —dijo Diego—. El techo y la puerta empezaron a tronar, los golpes arremetían como bombas en mi cabeza... no podía creer que había sobrevivido solo para morir allí, en aquel cuarto... ¡en aquel maldito cuarto prefabricado!... y fue cuando lo entendí: el cuarto entero era totalmente prefabricado!

—¡Diego, Guta, disparemos contra la pared y rompámosla! ¡Es la única forma de salir vivos de aquí! —empezamos a disparar tratando de dibujar una puerta con las balas cuando, de pronto, rayos de luz empezaron a inundar el cuarto (como si se tratase de un milagro) y ya cuando la pared parecía ceder, los tres la embestimos con todas nuestras fuerzas... atravesándola. Entre el polvo, la pólvora y el dolor, sentí cómo una ilusión me invadía... ¡podíamos lograr-

lo! Caímos dentro del depósito de una tienda para fumadores completamente abastecida de productos y encendedores de todo tipo. Guta y yo cogimos todos los cigarrillos y encendedores que pudimos mientras que Diego sostenía a la chica que se encontraba aún muy alterada. Corrimos hacia la puerta trasera que estaba conectada con un pasillo subterráneo que, increíblemente, se unía con una de las conexiones de las escaleras de emergencia. Pasamos la puerta, la aseguramos con cuantas cosas pudimos y guardamos silencio mientras escuchábamos cómo los pasos y la madera crujían ante la interminable cantidad de zombis que nos perseguía... Los pasos desenfrenados continuaron de largo... lo habíamos conseguido. Habíamos llegado a las escaleras de emergencia, pero mientras las bajábamos, no podía dejar de preguntarme si nosotros estábamos allí, los demás, ¿dónde estaban?

Siete salimos, cuatro llegamos y, sin embargo, la sensación de asco y pánico no descansaba, aún escondidos en el sótano del estacionamiento, pues, no solo no sabíamos qué pasó con los demás, si estaban vivos, si nos volveríamos a encontrar, si seguirían el plan o si deberíamos seguirlo nosotros, sino también que, a pesar de contar con algunas armas y haber podido mantenernos con vida hasta ahí, así como los que ahora estábamos, en cualquier momento podíamos dejar de vivir... y no solo de vivir, sino también de morir... sabíamos perfectamente que, muy pronto, teníamos que volver a salir.